

el mundo". Napoleón, para Hölderlin, como para Beethoven y muchos otros intelectuales de la época, representaba, por momentos, un camino a la libertad, la fuerza del cambio. Tal vez —escribe en otra carta del mismo mes— ahora "madure una sociedad al menos más hermosa que la anterior burguesa". El poeta del poeta había escrito durante sus años de estudios filosóficos un ensayo *Sobre el modo de proceder del espíritu poético*, cuya tesis central era la combinación de elementos "armónicamente contrapuestos" dentro de la creación poética, tomados a su vez de la "contraposición armónica del individuo real" con el mundo. Y la mañana de 1801 le exigió una prueba práctica de sus fundamentos teóricos: ¿En verdad, cómo procede el espíritu poético en un momento de embriaguez espiritual? ¿Qué elementos del mundo real entran en el juego de las contraposiciones? ¿Qué elementos del material poético debían ser transformados para alcanzar el fin deseado: expresar la felicidad colectiva? El resultado final es bastante singular. Se trata de un himno primigenio, un canto exaltado a la conciliación del hombre con lo absoluto y con el príncipe salvador (¿Jesucristo, Napoleón o El Hacedor? No lo aclara), una oración de regreso al hogar.

"Ruego leer sólo bondadosamente esta hoja", escribe al comienzo de la presentación, solicitándole al lector un alto grado de paciencia y dedicación para degustar su obra, asintáctica y enigmática, resultado de la tensión entre la flexibilidad de su estilo y la convencionalidad del lenguaje. En la misma presentación, agrega con un poco de humildad: "no puedo de otra manera" (pág. 37). Y su excusa es sencillamente válida. Con respecto al contenido, Hölderlin pretendía fundir en un tema histórico (la Paz de Lunéville, la Revolución Francesa) sus convicciones teológicas, tejidas, a su vez, con alusiones a la mitología griega. Esta, sin olvidar que buscaba la unidad entre él —poeta— y la naturaleza, —poesía primera—. Con respecto al material, recuperó la expresión clásica (Píndaro), que entendía más cercana a lo poético, y con su fuerza rompió la sintaxis del verso alemán. Por momentos esta ruptura fragmenta el discurso poético, lo

obliga a dejar espacios en blanco, a recurrir al silencio. El poema tiene una fuerte inclinación a la mudez (Paul Celan). El significado de sus códigos es restringido, ¿reservado para el mismo creador? Hölderlin fundaba palabras nuevas cuando su sensibilidad así se lo pedía.

Fiesta de la paz es la sinfonía (conjunto de voces que cantan al unísono) de la conciliación con el absoluto —los hombres, los dioses, la naturaleza, el amor, la belleza—. La armonía de los sonidos multiplica el "sosiego", la "dicha", la "nube de alegría" (pág. 39). También fabrica el conocimiento: "Desde la mañana, / desde cuando somos un diálogo y oímos los unos de los otros, mucho ha sabido el hombre; mas pronto somos canto" (pág. 55). Dios, parte del conjunto, nos ha dado todo, "la llama, la ribera, la marea", el lenguaje. Uno común a todos los hombres y a la naturaleza, llamado "coro", que simboliza el camino único de la concordia, de la armonía: "Ley del destino es ésta, que todos se compenetren, / que, cuando vuelva la quietud haya también un lenguaje" (pág. 53).



"Un coro somos ahora" (pág. 65) que "El que todo lo reúne" se hace presente en el banquete y permite que "lo celestial/ no se revela en el milagro, ni inadvertido en la tempestad, / mas donde con canto mezclados hospitalariamente/ presentes en los coros, un sacro número/ los bienaventurados de cualquier manera/ están juntos y lo que más aman también" (pág. 57).

Es la "tarde del tiempo" (pág. 57) que anuncia el regreso al comienzo del día, el retorno al "valle humeante" de la nueva época. Una época que recupe-

re la tranquilidad, la ingenuidad y la paz, en donde la esperanza enrojecía las mejillas de los niños y la madre contemple la vida. Hölderlin admira la paz, porque allí "pocos parecen morir", porque allí "un presentimiento sostiene el alma", porque allí "una promesa [la sinfonía] detiene a los más ancianos" (pág. 59).

Yo, empero, aconsejaría —concluye el maestro de ceremonia Hölderlin— que en esta hora "en que los peregrinos se dirigen al lugar de descanso" (pág. 67) "procuráramos, vosotros, amigos, / el banquete y canto, y coronas suficientes y tonos" (pág. 75), porque "es velozmente fugaz todo lo celestial" (pág. 79).

SELNICH VIVAS HURTADO

La balada de las dos hermanas

Las hermanas

Iván Hernández

Editorial Norma, Colección La Pequeña Biblioteca, Santafé de Bogotá, 1995, 96 págs.

En una época posposmoderna como ésta, caracterizada ya no por la inusual interrelación de los elementos de un relato sino más bien por su premeditada desaparición, resulta una verdadera sorpresa, una sorpresa en verdad deliciosa, encontrarse con una novela en la que todo recobra su lugar y su nombre propios: el narrador, cosa curiosa, narra de nuevo, es decir, deja fluir una historia; el lector, en un espacio que puede señalar con el dedo y en un tiempo que transcurre, se encuentra con los personajes gracias a esa voz que lo guía, y se reconcilia plenamente con su antiguo papel —"pasivo" dirían los malabaristas del intelecto— en el que bastaba pasar las páginas de un libro para convertirse en el destinatario de una gracia.

Quien concibió esta historia parece haberlo hecho con la certeza de que a estas alturas no sólo ya todo fue dicho,

sino que fue dicho en cada una de las formas en que era posible hacerlo; entonces, con la dirección de esta certeza y haciendo a un lado artilugios narrativos y experimentaciones vanas, el autor se pone a paz y salvo con una doble nostalgia: de un lado, la originada por el recuerdo, imaginario o no, de la historia elemental de un par de vidas en común; y de otro, la provocada por el quizá aún más elemental aunque complejo viejo arte de contar historias. Esta última nostalgia es evidente para el lector cuando descubre, entre líneas, los guiños del autor al tono de *La balada del café triste* de Carson McCullers, al discretísimo encanto de los personajes de *El corazón sencillo* de Flaubert; a *San Julián el hospitalario*, del que un fragmento es citado textualmente cuando Raquel, ya avanzada la historia, narra a los niños y a Sara las vidas de los santos; y a Stevenson, de quien toma prestada la frase que pone punto final a la novela: Un año después, "la llamita de vida que había en ella [en Sara] se extinguió en la oscuridad".

Las hermanas es entonces el fruto de la reconciliación con esa doble nostalgia; y esta lo cubre todo: el tono de la novela de principio a fin, el ritmo pausado y contenido de la narración, la descripción del entorno, el carácter de los personajes, las referencias y homenajes a autores y obras literarias, todo, y sin embargo, es feliz el adjetivo que le corresponde a su prosa.



Pero, además de esta reconciliación, la novela promete ser una suerte de reivindicación: no es gratuito que la historia de *Las hermanas* transcurra en un espacio geográfico tan definido —el Tolima— y que no obstante se aleje en

forma tan tajante de los dos polos entre los que tradicionalmente se ha movido la literatura que surge de y recrea a esta región: en un extremo, la referencia obsesiva a la violencia, y en el otro, la reescritura de mitos y leyendas como *La Madre Monte*, *La Patasola*, *El Fraile sin Cabeza*.

* * *

Tres presencias fundamentales y casi únicas conforman el mundo de *Las hermanas*: Sara, Raquel y el nevado. Casi únicas, porque desde las primeras páginas el lector presiente que el destino, en lo que a ese par de personajes se refiere, adquiere la dirección inequívoca que la fuerza del afecto y la intensidad de la lealtad le otorgan. Y éstos, el afecto y la lealtad, lo sabemos desde el comienzo, lo son de una hermana por la otra y de ambas por un pedazo de tierra, la casafinca en el nevado. Por eso las presencias que en el camino aparezcan y los avatares que se les atraviesen, como la aparición de un marido y unos hijos para Raquel, la instalación forzosamente tardía en la ciudad, un enamorado escondido para Sara o incluso la muerte, en nada alteran la condición original de ese destino: las dos hermanas jamás habrán de separarse y el nevado, aun cuando se encuentren lejos, jamás dejará de ser el espejo en el que ambas se reflejen.

Sara es la mayor; la indefensa, la que no puede llevar las riendas, la que sufre de pereza y a diario se reprocha el que apenas esté abriendo el ojo cuando su hermana no sólo ya ha dispuesto el orden del día de la casa sino que éste, para entonces, va a mitad de camino; Sara es la que acepta con felicidad y gracia el convertirse en la cómplice del destino de su hermana, en la compañera incondicional de sus afectos. Sara es, en definitiva, la primera mitad de Raquel; lo es hasta tal punto —cuenta el narrador— que, cuando ésta muere, Sara "se había encogido hasta hacerse casi invisible".

Y Raquel, la que vela por Sara, la que lleva las riendas, la que dispone, desde el día en que por primera vez tuvo uso de decisión, el largo y ancho del espacio, el ritmo y la duración de los días de ambas; y ambas, la una siempre al lado de la otra, de cara al nevado y de espaldas al mundo.



Y, por último, el nevado. En éste, como al descuido, el relato y el destino de las hermanas echan sus raíces. En las primeras páginas, huyéndoles a los recuerdos y a la tristeza por la pérdida de la esposa y la madre, llegan al nevado el padre y sus hijos. Es con la complicidad de su atmósfera con la que Raquel, de apenas trece años, se convierte en la depositaria de la confianza del padre; y es entonces, cuando la recibe y la asume, que toma las riendas de su destino, del de Sara, y le da una dirección definitiva a sus vidas. Como ocurre con toda situación en la novela, este hecho, en verdad fundamental, encuentra su origen en la celebración sencilla y cotidiana de un rito: una noche, después de cumplir con la última voluntad de la madre —rezar el Rosario con los hijos todas las noches, sin falta—, el padre le permite a Raquel acompañarlo; le refiere entonces, y de ahí en adelante cada noche, hasta su muerte, la historia de amor entre él y su madre.

Y es el nevado el espejo en el que las hermanas encuentran el reflejo más justo de sus vidas; donde se miran la una frente a la otra y en el que el lector atestigua el nacimiento de una alianza indivisible e incondicional. El nevado se impone de tal forma en las páginas, ejerce tal fascinación en el narrador y llega a ser tan consustancial al par de personajes que lo habitan, que cuando finalmente Raquel y Sara se instalan a regañadientes en la ciudad ésta se convierte, en virtud del recuerdo, de la nostalgia y del deseo, en una réplica suya.

* * *

Al parecer, este par de hermanas existieron. Si el relato tiene que ver o no con lo que fue de sus vidas, carece de importancia. Pero si así fue, si en ver-

dad Sara, esa mujer diminuta y encantadora, logró el cometido de no ocupar espacio alguno en el mundo —como lo asegura el narrador cuando la mira—; de no ser más que una sombra imperceptible, o acaso el eco silencioso de Raquel, ahora se convierte, en el ámbito de la ficción, y porque así suele ocurrirles a ciertos muertos gracias al recuerdo caprichoso de sus vivos, en un personaje definitivamente conmovedor.

Para terminar,

“De repente comprendo que es imposible saber algo más acerca de esa época. Las dos únicas sobrevivientes que conocí se encuentran hoy tan lejos, que la comunicación es en un caso imposible, en el otro muy difícil. Quiero decir: una de ellas se fue ya de este mundo y la otra sufrió recientemente un derrame cerebral y ha perdido el juicio. Hace poco fui a visitarla y con tristeza comprobé que nada de su antigua lucidez se conservaba, y que el gesto de su cara, antes sereno y dulce, es ahora vago y rabioso”.

El epígrafe de *Las hermanas*.

CLAUDIA CADENA SILVA

La tenue respiración del silencio

Las hermanas

Iván Hernández

Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1994, 101 págs.

En apretadísimas cien páginas, Iván Hernández nos cuenta la historia de dos hermanas que viven un destino de identidades casi absolutas y al que aceptan con gusto sus señales de soledad, silencio y mutuo respeto. El paisaje que sirve de ambiente a la novela es, en su mayor parte, el de las altas montañas del Tolima, donde sopla el helado viento proveniente de los nevados. Allí se instalan los dos personajes, llevados por el padre a una casa grande de amplios corredores. Viven de lo que produce la tierra, luego de una suerte de regateo del destino: la ciudad o aquellos pára-

mos (donde el padre había encontrado la felicidad). El padre, sin embargo, indujo a sus hijos, cinco, a irse a la ciudad en busca de educación y condiciones más propicias para quienes apenas comenzaban a conocer la vida. Raquel y Sara desdeñaron esa oportunidad y retomaron, muerto el padre, las riendas de la finca en el nevado.

Raquel era la menor y también la más fuerte de carácter. Fue el reemplazo de la madre, quien les había faltado hacía muchos años. Sara era su sombra. La suavidad de su sombra, valdría decir. De carácter afable y dócil, seguía los pasos y mandatos de su hermana con una fidelidad tranquila, como quien cumple un designio, sin discutir ni preguntarse si hace bien o mal.

Sus vidas transcurrían en rutinas previsibles, sin alejarse ni un momento de aquel paisaje, que ya para siempre les pertenecía. Entre órdenes a trabajadores, paseos por los alrededores de la finca, lecturas y conversaciones sobre algunos libros (especialmente sobre la vida de algunos santos), admiraciones y mimos a la naturaleza que las rodeaba, el puntual rosario todas las noches y un dormir nunca sobresaltado, sus días eran un calco uno del otro, sólo tocados por la felicidad sin pretensiones que las dos hermanas sentían con todo aquello. Felicidad desprovista de avaricia, egoísmos o apasionamientos.



Fue Raquel quien al cabo de los años se enamoró. No podría decirse que lo hizo por tener un carácter más fuerte, sino, tal vez, por lo que tácitamente le dio a entender a Sara: yo lo vi primero. Sara tenía más corazón que Raquel: era más lenta y sensual con la naturaleza, amaba los pájaros y los imitaba a la

perfección, reía a carcajadas por cosas más o menos inocentes (lo que nunca hizo Raquel) y se divertía con cosas elementales, como alisar el largo cabello de su hermana. Incluso, mucho tiempo después, guardó el secreto de un amor, del cual conocemos casi nada, además de una sombra y una fotografía no descrita que exhibiera a hurtadillas, una vez muerta Raquel.



De quien robó el corazón de Raquel no se puede detallar, como no lo hace el novelista. Baste decir que fue un abogado venido accidentalmente a la finca de las dos hermanas, rumbo a unas minas donde se ocupaba de algunos negocios que, además de experiencia en su profesión, le propiciaban un poco de aventura por esas montañas agrestes, lejos de las comodidades de la capital. Su paso por la vida de Raquel dejó incólume la relación de las hermanas, aun ante la presencia de los hijos que vinieron luego y que, como es natural, voltean las costumbres de una casa. La vida del matrimonio y Sara habían bajado a la ciudad y se habían instalado allí, a contrapelo de la voluntad de las hermanas que, sin embargo, lo habían aceptado también como cuota del destino inexorable y al cual ellas obedecían siempre que, al igual, les permitiera continuar juntas. Pero el nevado continuó siendo el alma de las dos hermanas, hasta el último de sus días. Raquel volvería con sus hijos en alguna ocasión. Sara no volvería nunca. Conservaría intacto ese mundo, sin otra presencia que la de Raquel. La tranquila inquietud de cielos sólo perturbados por lluvias necesarias; el crecimiento sosegado de plantas, árboles y frutos; la blancura nívea del paisaje producida